

Creación y resistencia

El problema de cómo la sociedad hace suyo lo nuevo, desde una idea filosófica, artística o política, a un diseño arquitectónico o a un invento técnico, es decisivo para su evolución, entendiéndolo por tal un proceso que no tiene nada que ver con la evolución general de la naturaleza. Y, sin embargo, únicamente las leyes naturales son las que dicen lo que el hombre puede o no puede asimilar.

Los creadores siempre añaden algo a la naturaleza orgánica, algo que queda fuera de ella y que es extraor-gánico. Por el contrario, la concha de un caracol o las construcciones de cera de una colmena son una cosa orgánica, resultado de acciones puramente reflejas. Una cosa está clara: sólo el hombre tiene eso que se llama *iniciativa individual*. A la producción humana puede aplicársele una regla muy definida: ocurren en ella frecuentes innovaciones que evidentemente se deben a ciertos individuos. Eso es la creación. Los demás solemos adoptar, o imitar, o cuando menos aceptar de una manera global, luego de haber superado la fase típica de resistencia, las estructuras nuevas que un cerebro de grandes virtudes combinatorias ha creado. Este fenómeno no tiene sino muy débiles precedentes en el mundo animal, y si lo examinamos rigurosamente vemos

que es muy difícil comprobar que se trata de verdaderos precedentes. Se ha dicho que los lobos y los perros salvajes adoptan en el bosque, variándolos, los métodos de caza que fueron practicados en un principio por un individuo de más «talento». Esto parece anticipar el papel que desempeña la creación.

No cabe duda de que el gran número de aparatos, de ideas, de inventos en medio del cual vivimos constituye uno de los elementos principales del ambiente típico del hombre. Pero la inmensa mayoría de quienes se sirven constantemente de los aparatos y de las ideas no han tenido la menor iniciativa dentro de su proceso de creación, a no ser la de su aprobación. Y otro hecho también muy notable: aquellos que manejan un automóvil, especulan en la bolsa o citan a Hegel, no necesitan comprender, para sus fines inmediatos, ni en la mayoría de los casos comprenden, el funcionamiento interno de un automóvil, la naturaleza de las complicadas operaciones financieras o la estructura doctrinal de Hegel. Como ha dicho el antropólogo Hooten, de manera un tanto despiadada: «Se dice que las creaciones humanas están a prueba de necios, porque se destinan a que las utilicen, sin entenderlas, los débiles mentales.» Tam-

bien el hormiguero y la colmena están a prueba de necios, pero sin que nadie haya hecho previamente un esfuerzo de inteligencia para que sea así. Detrás del hormiguero y de la colmena no hay protagonistas de espíritu inventivo.

La división de la sociedad humana en creadores (grupo proporcionalmente cada vez más reducido) y consumidores, cada vez menos capaces de entender las vías de la creación, es obvia y específicamente no animal. Ya en los primeros tiempos de ese juego de azar que es la civilización existía la tendencia al *closed shop*, a no iniciar a la masa principal de los consumidores en determinados procedimientos secretos y a infundirles un respeto supersticioso hacia los «milagros» de la práctica profesional y creadora. La magia y la ciencia secreta, rodeadas de misterio e inaccesibles a los profanos, caracterizaron los métodos de los creadores en la época arcaica.

La sociedad refleja muy bien el conflicto entre dos tipos de iniciativa: en primer término, la iniciativa de la creación y de los creadores, que, en cuanto individuos, no siempre están de acuerdo, y en segundo término, la iniciativa de adopción de la creación (producto) depositada en las manos de una masa frecuentemente amorfa de consumidores. Este segundo grupo es por lo general tan indolente que no resulta apropiado el decir que su actitud es una iniciativa. Sin embargo, los consumidores *actúan*, y esto en diversos grados, desde los que ceden incondicionalmente, sobre todo en el mundo de las ideas, cuando se encuentran frente a la fuerza dominadora y coercitiva de una autoridad privada o pública, hasta los que manifiestan algo parecido a una aprobación consciente. Habitualmente se trata más bien de una admisión inconsciente de una nueva y poderosa constelación, un consentimiento puramente pasivo. Al contrario que en el

mundo de las ideas, en el mundo de los inventos técnicos, frente a lo que pueda creerse, la resistencia suele ser mucho mayor. Una resistencia que en ocasiones adopta la forma de una ruidosa iniciativa. Así, la evolución cultural o el progreso cultural se ven amenazados por una lucha constante entre dos agentes desiguales, pero complementarios, para los cuales no hay paralelo alguno en el mundo extrahumano. Quizá ahora comprendamos mejor la resistencia por razonamiento que debe superar cada avance hecho en las artes, en la ciencia y en la técnica.

No voy a referirme a la resistencia frente a las ideas nuevas, porque esa historia, desde Sócrates a Miguel Ser-vet, entre otros héroes de la creación en la edad antigua y moderna, es demasiado conocida, quizá porque es demasiado sangrienta. Y además porque es un proceso excesivamente complejo. Quiero referirme únicamente a las innovaciones técnicas. En un estudio muy documentado acerca de la resistencia que los hombres oponen a la aceptación de esas innovaciones, Bernhard J. Stern examina la capacidad general de admitir los inventos y las proposiciones de reforma. Aduce un número enorme de casos cuidadosamente analizados, con objeto de echar luz sobre una resistencia que no tiene sus raíces dentro de la técnica propiamente dicha (como tantas veces, la resistencia a las ideas no tiene sus raíces en las ideas mismas), sino que más bien refleja ese antagonismo entre los creadores-productores y la masa de receptores del que he hablado.

Con sus experimentos sobre las reacciones de las ancas de rana, Galvani intentó en 1762 dar los primeros pasos hacia una comprensión de la electricidad y de sus inmensas posibilidades: «Dos grupos distintos me persiguen —decía—: los sabios y los sabihondos. Ambos me llaman *maestro de baile de*

las ranas, cuando he descubierto una de las mayores fuerzas del universo.» En aquella época esta frase debió de sonar a la expresión delirante de un loco. Y, sin embargo, era la adecuada evaluación que un genio hacía de una nueva visión científica.

Dos generaciones después escribía Fulton, inventor de los barcos de vapor: «Como todos los días tenía ocasión de pasar por el astillero en el que estaban construyendo mi barco, pude acercarme algunas veces, sin ser notado, a los grupos de ociosos desconocidos que se reunían allí y pude escuchar sus preguntas acerca de la finalidad de aquel nuevo vehículo. Siempre se hacían en son de burla. A menudo la gente se reía estruendosamente a mi costa; humor despiadado, ingeniosos cálculos acerca de pérdidas y gastos, eterna y estúpida repetición del apodo que se había puesto al barco: *Fulton's Folly*. Nunca oí ni una sola observación que me diera ánimos, ni una esperanza amable, ni un deseo caluroso.»

Catherine Bauer cita una frase de un socialista inglés: «Los sabios reciben todas las nuevas sugerencias del mismo modo: primero afirman que la cosa es imposible. Luego, cuando ha tenido éxito en la práctica, prueban que está en contradicción con las Sagradas Escrituras. Y más tarde, cuando ha saltado la valla y es estimada por todos debido a su utilidad, afirman que ya lo habían dicho ellos.»

No es mi intención burlarme de la estupidez de quienes aquí y allá se han opuesto a la ruptura de las costumbres, ni quejarme de quienes se oponen a la ruptura por intereses de cualquier índole. Antes al contrario, sospecho que la desigual batalla que el creador tiene que trabar con la sociedad constituye un fenómeno sano, inevitable y fundamental. Un creador puede consolarse, a lo largo de su afligida vida, con el reconocimiento de esta verdad,

y así no tendrá que pelearse con sus contemporáneos. Sobre todo, el creador debe tener en cuenta que el progreso cultural y el técnico no se logra mediante la persuasión intelectual, y que la base de todas las aceptaciones y de todas las satisfacciones emocionales que de ellas resultan es sencillamente una especie de economía nerviosa en virtud de la cual se tiende sin remedio a sospechar de cualquier novedad.

La fricción que acompaña al hombre en su progreso se puede encontrar ya en el neolítico. Sin embargo, la persona que está en medio del calor de la batalla no suele prestar atención a esos supuestos *nerviosos* de los que he hablado. Pero si los inventos prácticos sólo se adoptan muy lentamente, y esto más bien por la fuerza de la costumbre que como resultado de reflexiones serenas, ¿qué no será con las creaciones no prácticas, más difíciles de demostrar convincentemente! Esto prueba la necesidad de crear antes de todo *nuevos criterios objetivos* en vez de esperar apaciblemente a que la lógica resuelva los problemas de aceptación.

Pero vamos a poner algunos ejemplos más de la *resistencia nerviosa* a los inventos prácticos.

En Inglaterra, la resistencia contra el ferrocarril partió sobre todo de los terratenientes, que con sus privilegios feudales adoptaron una actitud defensiva ante el avance de la burguesía industrial. El tono de esa oposición puede verse en los comentarios de Graven Fitzhardings Berkeley, representante de Cheltenham ante la Cámara de los Comunes; esos comentarios se detienen insistentemente en ciertos estímulos y condicionamientos sensoriales, que, sin duda, también influyeron en la tensión emocional del propio Berkeley: «Nada hay tan *repulsivo* para mí como escuchar en nuestros montes el eco de las humeantes locomotoras, que pasan por el corazón de nuestros distritos y arrui-

tian el noble deporte de la caza de zorros, a la que he estado *acostumbrado* desde niño.»

Como protesta contra el espíritu del industrialismo, cada vez más próspero, Ruskin, que rechazaba el *absurdo* ferrocarril, recorrió Inglaterra en diligencia.

«¡Treinta kilómetros por hora, señor mío! ¿Cómo quiere usted que el aprendiz siga entregado al trabajo? Desde luego, tendrá que ir todos los sábados a Ohío para pasar la noche del domingo con su novia. Esto propagará la veleidad de los entendimientos. Todos los conceptos quedarán dislocados y exagerados con esas grandiosas ideas de las distancias. ¡Sólo ciento sesenta kilómetros! Eso no es nada, madame; «so lo recorro en un instante para traerle el abanico.»

El inglés Nicholas Wood, experto en ferrocarriles, declaró que era absurdo decir, como lo hizo Stephenson, que una locomotora podría alcanzar la velocidad de treinta kilómetros por hora, y añadió: «Nada dañará más la posibilidad de construir y mejorar esos vehículos que el difundir esas tonterías por el extranjero.» En Alemania, varios peritos demostraron «sin lugar a dudas» que a una velocidad de veinte kilómetros por hora, que era la velocidad proyectada para los ferrocarriles de Roths-child, los viajeros echarían sangre por la nariz, la boca y los oídos, y que en los túneles se asfixiarían.

En cuanto a la resistencia al automóvil, los ejemplos no son menos pintorescos. Todo se complicaba, y, entre otras cosas, es notable ver con cuánta Labilidad se servía la resistencia al

automóvil de los métodos parlamentarios del *lobbysmo*. En 1865 se aprobó una ley drástica según la cual cada vehículo debía llevar tres conductores, uno de los cuales habría de preceder al coche a una distancia de cincuenta y seis metros, llevando durante el día una bandera roja y durante la noche un farol de luz también roja. Se redujo la velocidad a seis kilómetros y medio en el campo y a tres kilómetros en las ciudades.

Todavía en 1896, A. R. Sennett presentó a la British Association for the Advancement of Science un dictamen en el cual afirmaba que la máquina de vapor, y no el motor de combustión interna, era la máquina del porvenir. Afirmó también que los carros sin caballos no podrían llegar a emplearse de manera general, puesto que exigen gran habilidad y el conductor «no tiene la ventaja de la inteligencia del caballo, que encuentra el camino por sí solo». En lo que se refiere a la inteligencia del caballo tenía toda la razón.

Estará bien atacar esa actitud, pero sin olvidar que sus raíces están hundidas en un conservadurismo fundamental que parece indolencia, pero que es lisa y llanamente la necesidad del equilibrio nervioso. Intelectualizar este problema equivaldría a perderlo de vista. La posibilidad de que se dé o no la aceptación depende de que haya o no una integración y una asimilación afortunadas. Ningún creador tiene en cuenta los esquemas preexistentes, y hace bien. Pero justamente de ellos depende la suerte de lo nuevo.

C. L. A.*

* 1928. Escritor y periodista.